

LECTURAS

Serie **Filosofía**

Director Félix Duque

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ANTONIO VALDECANTOS

Verdad, juego y libertad

© ANTONIO VALDECANTOS, 2024

© ABADA EDITORES, S.L., 2024

Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid

WWW.ABADAEDITORES.COM

diseño SABÁTICA

producción MERCEDES DE LA ROSA

ISBN 978-84-000000-00-0

IBIC QDHA

depósito legal M-00000-2024

preimpresión ESCAROLA LECZINSKA

impresión COFÁS, ARTES GRÁFICAS



Lo que ocurre cuando alguien ejecuta el humilde gesto de ponerse una máscara o el de quitársela (sobre todo en la escena, aunque también en otros lugares) no solo es uno de los asuntos más decisivos de la vida humana, sino que proporciona una base firme para entender qué significa que algo sea verdadero y que alguien sea libre. Si la teoría de la verdad es una de las partes más destacables de la filosofía y con la de la libertad ocurre otro tanto, el intento de unificar ambos empeños pertenece, desde luego, al corazón mismo del pensamiento. A primera vista, representar un papel dramático pone en suspenso la verdad de las cosas hasta que termine la función y, mientras esta dure, bloquea la libertad del actor. Pero la sensación de que la máscara es liberadora y el convencimiento de que el drama enseña la verdad de las cosas humanas tienen tanta antigüedad como la cultura misma.

En ciertos gestos humildes que se hacen con la mano y con la cara se encierra la especulación filosófica más ambiciosa, porque la verdad y la libertad no están, propiamente hablando, ni en el juego dramático ni en la seriedad de la vida, sino en los

momentos de tránsito entre el uno y la otra, cuando la representación no ha empezado aún del todo y cuando está a punto de acabar pero todavía no lo ha hecho. El lugar que se ocupa en esos momentos apenas deja espacio para hacer pie, aunque solo desde allí puede vislumbrarse, mirando hacia delante y hacia atrás, lo que significa que algo sea verdad y que uno sea libre: la verdad y la libertad son lo que en esos momentos se acaba de ganar, para tener que perderlo enseguida, y entonces el secreto mejor guardado de las máscaras y de los juegos consiste en que fueron inventados para proporcionar a los hombres cierta clase de conocimiento, que es el más importante de todos.

Con la verdad y con la libertad no se juega, o por lo menos no juegan las personas que se toman la vida en serio. Las metáforas de un juego de la verdad y de un juego de la libertad se destruyen, no en vano, a sí mismas: quien imaginase el aspecto que tendría «jugar a la verdad» habría de pensar a continuación en la verdad de ese juego, la cual debería buscarse fuera de él, y otro tanto ocurriría con la libertad. Pero, más que a olvidarse de los juegos, lo anterior invita a tenerlos muy presentes cuando de la verdad y de la libertad se trata, pues es posible que tanto la una como la otra tengan su tiempo y lugar precisamente allí donde el juego comienza y allí donde acaba.

Supongamos que un actor de teatro termina su representación y que otro comienza la suya, y convengamos en que ambos usan máscara. El primero ya no tiene que trabajar hasta dentro de unos días, de modo que el quitarse la careta lo descarga y lo libera. El segundo, por el contrario, llevaba mucho tiempo sin actuar, entregado al tedio de la vida ordinaria, pero por fin le ha llegado la hora de poder librarse de la rutina y de esconderse, como en una fiesta transgresora, bajo la gozosa máscara que se acaba de poner encima. La careta del actor es un dechado de ambigüedad: concede y retira la libertad, lo cual

depende de cómo se mire a alguien que se quita y se pone en el rostro una endiablada prolongación y negación de sí mismo.

Algo semejante le ocurre al comediante con la verdad, y eso que a primera vista no parece haber aquí ninguna clase de ambivalencia: la representación constituye, sin duda, una ficción y, por tanto, el entrar en ella es abandonar la verdad y el salir es recuperarla. Sin embargo, lo anterior no resulta tan sencillo si se lo mira de otra manera: no desde el punto de vista del hombre de carne y hueso que da soporte a un personaje (que lo *encarna*, por usar un término teológico que no puede decir más con menos letras), sino desde el personaje mismo «encarnado», el cual queda sujeto durante más o menos tiempo a la piel y a la voz de cierto actor, de igual modo que otras veces se ató a algunos que ya han muerto y lo hará con otros que no han nacido todavía. Para el personaje no hay duda de que su verdad es la máscara (permítasenos el capricho de suponer que todos los que lo han encarnado han usado la misma), mientras que el rostro y cuerpo de quien en cada caso lo represente es lo más postizo y lo menos verdadero de este mundo, al igual que para el actor lo es cada uno de *sus* personajes. Ni la mirada del actor ni la del personaje, netamente opuestas, pueden aquí despreciarse.

No faltan motivos –algunas lenguas son muy sensibles a ellos– para llamar «juego» a lo que reina cuando se lleva una máscara encima, y entonces parece que las ambigüedades recién señaladas conducen no solo a afirmar que la libertad y su contrario son juego, sino también, cosa quizá más incómoda, que otro tanto ocurre con la verdad. Hay dos nociones, muy emparentadas entre sí, que enseguida vienen a las mientes en relación con lo anterior. Son, no en vano, poderosas metáforas de la verdad. Una es el desvelamiento, cuya prosapia filosófica no ignora nadie. La otra es el reconocimiento, en su sentido estrictamente dramático o narrativo (lo que ocurre cuando se pone de manifiesto

quién es alguien que no se sabía quién era o que se confundía con otro). En realidad, la segunda metáfora es una forma de la primera, pues reconocer o darse cuenta de quién es alguien consiste en un desvelamiento de su identidad. En cierto modo, es como si aquel a quien se reconoce se hubiera quitado una máscara que llevaba puesta, y como si aquello cuya verdad se desvela hubiese sido objeto de cierta clase de desenmascaramiento.

Pero de la ambivalencia anterior muy bien podría seguirse el hecho de que el hallazgo de la verdad no consiste a veces en quitar máscaras o velos, sino en ponerlos. La verdad de las cosas no está siempre en su desnudez, y a menudo radica en la vestimenta peculiar que les corresponde, la cual, en más de un caso, no llegará a conocerse nunca. ¿O es que no se dice, sin ningún escándalo, que la verdad de ciertas células solo se pone de manifiesto cuando se las tiñe con cierta clase de pigmentación? A las neuronas humanas no les ocurre nada muy distinto de lo que les pasa a sus portadores: a veces ellos también tienen que disfrazarse para que pueda descubrirse quiénes son.

Ambigüedades hasta cierto punto semejantes a las anteriores se suscitan a propósito de las relaciones de la libertad con la ley. No es ningún secreto que la libertad estriba, de acuerdo con una noción muy habitual, en librarse de algunas leyes, mientras que, conforme a otra, la esencia del ser libre consiste en entregarse a ciertas clases de ley que uno mismo se da o que acata con el más vivo de los deseos y, a veces, con el que se tiene por más noble y elevado. La ley es la torva seriedad que le impide a uno la alegría del juego, pero también un juego adictivo que lo saca a uno del tedio y de la deriva. En cierto modo, a la ley le ocurre lo que a las máscaras: la libertad está también en tomarla o en abandonarla, de manera semejante a como la verdad está en cubrir el mundo con un velo o en retirarlo.

La verdad y la libertad no son entonces juego, sino, de

manera inquietantemente disyuntiva, el final del juego o su comienzo. Todo lo anterior puede parecer, y quizá lo sea, una colección de ingeniosas antinomias que solo pueden dejar satisfechas a mentes tan amigas de la sofisticación como de la pereza. Aunque en general es cierto que la realidad misma resulta ambivalente de por sí—y el hacerse cargo de tal ambigüedad sin ninguna clase de componendas constituye una obligación ineludible de todo pensamiento— eso no significa que sea lícito regodearse sin más en la ambivalencia, como si se tratase de un producto de exquisito consumo cultural. La tesis que aquí se defenderá es que la verdad y la libertad no están, de manera alternativa o intermitente, en los dos flancos de las antinomias referidas, sino más bien en los momentos de paso del juego a la vida y de la vida al juego, cuando todavía no se está en el estado siguiente y ya no se está en el anterior. Más que en el juego o en lo que se llama vida, la verdad está en el tener la máscara entre las manos porque uno va a ponérsela a continuación o porque acaba de quitársela (importa poco que sea una u otra cosa la que ocurra), y otro tanto le pasa a la libertad.

La verdad de las cosas es cierta clase de desacoplamiento y la libertad de las personas cierta clase de suspensión de la personalidad. De ninguna manera consiste la verdad en un ventajoso arreglo del interior de las creencias de uno o de las afirmaciones que uno hace (y donde se dice «uno», aquí y en adelante, puede leerse, sin duda, «una comunidad»). Al contrario: la verdad requiere algo exterior con lo que uno quiere acoplarse o a lo que uno quiere abrazar, cosas en sí que no son hechura de quien las desea y que no se sabe si le resultarán hospitalarias u hostiles. La verdad es, por un lado, el resultado de librarse del error y el engaño y, por otro, la aventura de entregarse a descubrimientos insospechados, algunos de los cuales se espera que sean lo más importante de la vida. Sin esa

exterioridad no hay verdad que valga, y tampoco hay libertad genuina sin la voluntad de sacudirse una servidumbre odiosa ni sin la pasión por alumbrar acontecimientos admirables, a algunos de los cuales nada los deberá superar en importancia.

La verdad es el triunfo sobre el error y el abrazo afortunado con el mundo, mientras que la libertad es la victoria sobre la servidumbre y el impulso que lleva a completar el mundo con novedades que no estaban en él. La una y la otra son formas de trato con algo exterior y que, según suele parecer, debería ser objeto, en todos los casos, de consecución, de logro y de éxito: algo que estaba fuera de ti y que has logrado hacer tuyo. Verdad y libertad son, entonces, modos de manifestarse la coincidencia del ser con el pensar. Pero hemos corrido demasiado en poquísimos tiempo. Porque en realidad el pensamiento y el ser no coinciden, y *eso* –no otra cosa– es precisamente lo que debe llamarse realidad. La realidad es lo que se presenta cuando aparece algo que no tiene ningún parentesco con nuestros designios ni capacidades, algo que no podría pertenecernos en absoluto y que sería pueril querer hacer nuestro.

Cuando hacemos algo, la realidad es que no nos podemos reconocer del todo en ello y cuando sabemos de algo, tampoco es verdad que se nos haya desvelado. Nuestras obras se nos escapan en cuanto pasan a estar en el mundo, y el mundo, por su parte, nos vuelve la espalda y sale huyendo en el momento mismo en que lo hemos convertido en objeto de conocimiento. Donde está uno, no está el mundo, y donde está el mundo uno está ausente. El mundo no se acopla a nuestro saber ni a nuestro deseo, aunque a menudo produce la ilusión, necesaria para la supervivencia, de que sí lo hace. Esta verdad no posee, desde luego, el mismo rango que las verdades ordinarias. Es una verdad *especulativa* que se refiere al exterior de lo que mundanamente se tiene por verdad. Hay también una libertad especula-

tiva: la de los humanos libres que no rinden culto a los ídolos necesarios para la supervivencia o que, por lo menos, se libran de esa servidumbre en algunos momentos. Es la desdichada libertad del puro pensamiento, no atado a ningún fin pragmático. Pero la verdad y la libertad especulativas no viven en el elemento del éxito, sino en el del fracaso. Su forma no es el acoplamiento, sino el desajuste, y se dan a conocer, siempre entre brumas y de manera elusiva, cuando algo sale mal y provoca desazón.

Es hora de volver al juego y a la máscara, con las conclusiones que se adivinarán fácilmente. El momento del inicio y el del final del juego proporcionan vislumbres muy apreciables de la realidad de la verdad y de la realidad de la libertad. Quien estaba jugando y regresa al tiempo ordinario de la vida cree volver a la verdad o a la libertad si se sentía en un mundo de ficción o de sometimiento a una regla artificiosa, y cree perder libertad y verdad, con pesadumbre o con gozo, si estaba convencido de que el juego es más verdadero o más libre que la vida. Pero, mientras dure la máscara entre las manos o estas en poder de aquella, reinará la envidia más desatada: la máscara verá en las manos todo lo que ella no es (el órgano de la verdad y la sede de la libertad), mientras que las manos creerán hallar en la máscara exactamente lo mismo.

Apenas les cabría hacer nada más sabio, porque si juzgasen al revés se engañarían: podría la mano creer que verdad y libertad están en ella y no en la máscara, y otro tanto podría esta decir de sí misma, pero aquí habría dos juicios falsos y siervos, mientras que sus dos opuestos son verdaderos y libres. Es esencial a la libertad y a la verdad estar siempre en otro lugar y en otro tiempo, y nunca allí donde se vive y se juzga. Verdad y libertad son lo que siempre falta para ser aquello en que consistiría la plenitud de lo que se es y que permitiría a las personas y a las cosas ser vistas con justa satisfacción. Para manifestarse,